

Balance del Décimo Congreso de Historia de Colombia, Medellín, 1997

Beatriz Patiño Millán

Los historiadores profesionales de Colombia nos reunimos nuevamente en Congreso para pasar revista al estado de nuestra disciplina, intercambiar experiencias investigativas y tratar de construir más y mejores rumbos de nuestro trabajo. Este Décimo Congreso convocado por los Departamentos de Historia de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín y por la Asociación Colombiana de Historiadores es apenas la continuación del diálogo que iniciamos hace ya veinte años y que, para satisfacción de todos, mantiene su continuidad.

Como decimos en cada oportunidad, estamos aquí para afirmar el trecho andado, para vislumbrar el próximo camino y para buscar colectivamente el fortalecimiento de la disciplina. Para que esas metas colectivas se

hagan realidad están presentes los coordinadores del simposio, ponentes y asistentes. A todos quiero darles, a nombre del comité organizador, la bienvenida.

Germán Colmenares, el historiador en cuya memoria se realiza este Décimo Congreso de Historia de Colombia, en el prólogo a su último libro "Las Convenciones contra la Cultura", decía:

"El quehacer de los historiadores hace parte de la actualidad intelectual de su propio momento: De allí que su visión del pasado, deprimente u optimista, o la elección de sus temas, ejemplifiquen de alguna manera las preocupaciones corrientes de un momento dado" (1).

1. Germán Colmenares. *Las Convenciones contra la cultura*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1989, p. 11.

Esta afirmación, que hacía para referirse a la forma como los historiadores latinoamericanos del siglo XIX escribieron la historia de sus países, puede aplicarse a las 151 ponencias escritas por historiadores o investigadores en ciencias sociales colombianos, que se van a presentar en este Congreso. Ellas nos muestran los problemas que en este momento inquieta investigar y esbozan la visión que sobre la historia de nuestro país tenemos los colombianos de fines del siglo XX.

Mi intervención de hoy, basada en una primera mirada de las ponencias, va a referirse a los temas que interesa estudiar. Al analizar, desde el punto de vista cuantitativo, el número de ponencias que se presentaron a los 21 simposios para los que se abrieron inscripciones, encontramos que hubo tres temáticas en que se recibieron más de 20 trabajos. En su orden: Historia de la Cultura y las Mentalidades, Historia de la Educación e Historia Regional y de Fronteras. ¿Qué manifiesta este hecho?

La proliferación de los estudios sobre mentalidades e imaginarios, en un medio lleno de conflictos y de vivencias violentas como el de los colombianos de hoy, está relacionada con la necesidad de buscar respuestas a inquietudes y malestares diarios. Preocupa el paso a "la otra vida" como dice el título de una ponencia y mirar las disposicio-

nes de los que van a morir. Tal vez queremos volver a unas épocas en que se moría de muerte natural y había tiempo para hacer recomendaciones y encargos a los que quedaban vivos. Existe interés por determinar los valores con que han operado los grupos que han detentado el poder como los encomenderos o los inquisidores, pero también mirar las prácticas de desacato o los pensamientos de los marginados. Un país que se caracteriza por "desorden institucionalizado" tiene que explorar la raíz de estas conductas, sobre todo tratar de explicar por qué se reivindicaba diariamente la transgresión de la norma. La debilidad de las instituciones y su falta de legitimidad tal vez lleva a interesarse por los imaginarios políticos, como las fiestas patrias o la caricatura, en las cuales se hace una constante burla de nuestros personajes y de las situaciones que vivimos.

Como historiadora del mundo colonial me pregunto ¿por qué la mitad de las ponencias de mentalidades se refieren a esa época? ¿Ello se debe al hecho de que es más fácil hacer estudios de esta clase sobre información que está relativamente organizada? ¿A que la influencia de la historia de las mentalidades francesa, en el estudio del medioevo europeo, lleva a pensar que en nuestra colonia hay temas que se pueden trabajar de manera equivalente? ¿O a que se piensa que los fenómenos cul-

turales por ser de "larga duración" deben ser rastreados a través de varias centurias? Cualquiera que sea la respuesta es indudable que explorar y analizar los valores y las creencias que han marcado nuestra concepción de lo "mestizo" o "lo negro" nos ayudará a entendernos.

La inquietud por la historia de la educación es relativamente reciente y tiene origen no en las Carreras de Historia sino en las Facultades de Educación. Indudablemente preocupa a quienes han formado por cerca de cuatro décadas a los educadores colombianos la crisis que atraviesa el sector educativo, particularmente la educación oficial. ¿Será que la transformación de los maestros de "apóstol abnegado a funcionario estatal", como dice una ponente, es una de las causas de la "mala calidad" de la educación colombiana de hoy? Ello debe ser detenidamente evaluado, así como los métodos de enseñanza, los conceptos que se tienen sobre la infancia, la vida cotidiana en los colegios y otros temas.

Aunque hay algunos estudios referidos a la época colonial, el rastreo sobre la formación de los maestros, las políticas educativas, los manuales de enseñanza, se remiten fundamentalmente a los siglos XIX y XX. Es decir, al tránsito de una educación dirigida fundamentalmente a las élites hacia una educación de carácter masivo. De una educación

impartida básicamente por instituciones de carácter religioso a una en que tienen mayor presencia las de carácter oficial. Es la época en que el "maestro" se vuelve un profesional, una persona que subsiste con ese trabajo. Todos estos fenómenos están ligados a la modernización del país en lo económico y político.

La historia regional, por contraste, tiene una larga tradición entre nosotros. Algunas obras de los historiadores del siglo XIX y de los historiadores académicos de la primera mitad del siglo XX se pueden inscribir en esta línea de trabajo. Es el caso para Antioquia de los escritos de los doctores Manuel Uribe Angel y Emilio Robledo, o para el Valle del Cauca de Demetrio García Vásquez y Alfonso Zawadsky. Mientras otros historiadores se dedicaron a construir los elementos de la identidad nacional, ellos señalaron las particularidades de la historia de su región e intentaron contribuir a la formación de sus identidades colectivas regionales.

La presencia continua de lo "regional" como un objeto de estudio merece ser estudiada detenidamente. Desde el punto de vista metodológico, optar por estudiar una región o subregión y no unidades más amplias como la nación, tiene la ventaja de permitir al investigador el manejo a profundidad de un número grande de fuentes prima-

rias y secundarias. El estudio puede abarcar simultáneamente varios aspectos y aproximarse al ideal de una "historia total". Sin embargo, estas zonas por "científicas" que parezcan no suelen ser la razón única que determina la escogencia de esta unidad de análisis. Los motivos suelen estar condicionados por el momento económico-político o por razones políticas, personales y afectivas.

La distribución de las ponencias en este simposio es una clara muestra de ello. Un grupo de ponencias se refiere a Antioquia, tal vez la región colombiana más trabajada hasta el momento. Ello se explica por ser Medellín la sede del Congreso, pero también por estar los antioqueños en un momento político en que se vuelve a reivindicar la necesidad de un mayor reconocimiento de lo propio y de una mayor autonomía frente a las políticas centrales en sus diversos órdenes.

Hay un pequeño número de estudios sobre el Caribe colombiano, el Cauca, el Valle del Cauca, y los Santanderes, regiones en que se viene trabajando en la determinación de patrones de poblamiento, identidades culturales y elaboración de proyectos políticos.

Sin embargo, el hecho novedoso es la presencia de cinco ponencias sobre el Pacífico colombiano que, valga la aclaración, no son escritas por personas oriun-

das de esta región. ¿Qué los lleva entonces a estudiar, a "inventar" esta región? Es indudable que una política estatal de los últimos años ha sido vincular la cuenca del Pacífico al resto del país y que para lograrlo es necesario transformar los modos de vida que allí imperan. Los científicos sociales se sienten entonces atraídos por el estudio de la confrontación entre la llegada del "progreso" en forma de carreteras, industrias que explotan los recursos naturales y la necesaria disolución de las formas de vida tradicionales que esto conlleva. También puede pensarse que han encontrado un mercado profesional en el contexto de los llamados "estudios de impacto". Buscan, sin que todavía se puedan evaluar los resultados, conciliar las dos cosas. Es un reto para los académicos lograr que se les oiga en el momento de trazar planes de desarrollo y ejecutar políticas.

Es en este simposio en donde hay un mayor número de trabajos que se refieren total o parcialmente a la época colonial: diez. Otros cuatro se centran en problemáticas del siglo XIX. Esta preocupación cronológica se debe a que los patrones de poblamiento y ocupación del territorio que enmarcan los procesos regionales, tienen una dinámica de larga duración y se remontan a la época colonial y aún al período prehispánico. El siglo XIX, sobre todo en las coyunturas de la independencia y la época del

régimen federal, fue un momento de consolidación de proyectos regionales y de allí el interés que despierta su estudio. La pregunta que habría que hacerse es ¿por qué se deja de lado la problemática del siglo XX? ¿Por qué quienes trabajan lo regional rara vez van más allá de 1930? ¿Hay problemas de organización de fuentes, metodológicos o de otra clase que condicionan esta selección?

En cantidad de trabajos recibidos sigue el grupo conformado por los simposios de Historia Económica, Historia Social y de los Movimientos Sociales, Historia de las Familias y los Géneros, Historia de las Ciencias y las Profesiones e Historia Urbana.

La escritura de la historia económica como tal se remonta en nuestro país a los años 40 de este siglo cuando salieron a la luz los trabajos de Luis Ospina Vásquez sobre la industria o de Robert C. West sobre la minería de aluvión. Sin embargo, fue en las décadas del 60 y 70 cuando se consolidó una línea de trabajo "económico-social" que está presente en estudios como los de Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Hermes Tovar, Jesús Antonio Bejarano. En los años 80 lo económico empezó a diferenciarse claramente de lo social y fue quedando como una temática que trabajaban personas con formación en ciencias económicas como es el caso de

José Antonio Ocampo, Salomón Kalmanovitz, Mariano Arango o Absalón Machado. Los trabajos de esas cuatro décadas se caracterizaron por abarcar todo un sector de la economía: la industria, la minería, la tenencia de la tierra, las importaciones-exportaciones, el café. La mayor parte cubrían períodos muy amplios, más de un siglo, y determinaron tendencias y ciclos básicos de nuestra vida económica.

El comienzo de los 90 marcó un estancamiento en esta línea de trabajo. Los economistas desplazaron su interés desde mediados de la década anterior hacia los análisis de coyuntura y no volvieron a dedicarse a la historia. Los historiadores están más interesados por el estudio de temáticas nuevas como las mentalidades. La historia económica que se ha continuado haciendo es básicamente historia empresarial, contratada, muchas veces con carácter apologético y que no abarca el estudio de un contexto ni siquiera del respectivo sector empresarial. Ello se debe a la forma en que se hacen los contratos, trabajos para hacer en seis meses, que son redactados con miras a su publicación para un público amplio, no especializado.

¿Qué de positivo tienen estos trabajos? Han permitido la entrada a los archivos de las empresas antes desconocidos por los investigadores. Tenemos una

información de lo que guardan. Por otra parte el estudio de un caso pone a prueba determinadas afirmaciones generales. En concreto se puede ver cómo han sorteado varios momentos de crisis a lo largo del siglo a través de la diversificación de productos, la innovación tecnológica y la consolidación de grandes grupos económicos.

En este Congreso se muestra un renacer de la historia económica. Por un lado hay estudios de casos bien documentados y por otro análisis de tendencias económicas como la inflación en América Latina. También le va a dar un espacio a la reflexión historiográfica y al problema de las fuentes.

Sólo hay un estudio sobre la época colonial, no realizado por un historiador colombiano, y los restantes trabajos son sobre los siglos XIX y XX. Desde el punto de vista espacial se refieren a Antioquia, Bolívar, Bogotá, Cundinamarca. Ello marca la distribución del sector empresarial, que cada vez se centra más en el área de Bogotá.

El Congreso convocó a un simposio sobre historia social y de los movimientos sociales. El resultado sin embargo es un simposio sobre movimientos sociales, ya que es muy poco lo que hay sobre grupos, instituciones, clases o sectores sociales. Uno se preguntaría a qué se debe eso. ¿Será que el cuestionamiento del paradigma marxista ha im-

plicado la pérdida del interés por el estudio de las clases sociales como tales y de las relaciones entre ellas?

En contraposición el interés por el estudio de los movimientos sociales se ha diversificado y parece tener un auge como resultado del conflicto social que vivimos.

En el Congreso se van a ras- trear las formas de expresar el descontento y de resistir de los esclavos, indígenas, artesanos y mineros. No obstante, el énfasis está puesto en la movilización contemporánea desde el período del Frente Nacional hasta nuestros días. Este, con el simposio sobre las violencias, son los que tratan los temas más actuales y palpitantes.

Es importante tener en cuenta que el análisis de los fenómenos contemporáneos debe hacerse a la luz de los procesos del pasado que le sirven de contraste, porque sólo así se podrán ver las continuidades y rupturas. En las marchas campesinas del Caquetá del año pasado, tema sobre el que versa una de las ponencias, encontramos elementos de la acción popular presentes en fenómenos como el de los comuneros del siglo XVIII y aun anteriores. Las preguntas básicas que un historiador se hace en ambos casos son las mismas. ¿Qué se considera lícito o ilícito por parte de un determinado

grupo social? ¿Cuándo la sensación de que se está quebrantando una costumbre lleva a que se dé una movilización? ¿Quiénes son los que intervienen en este tipo de acciones y qué buscan con ello? ¿Qué determina la duración del conflicto y qué puede trascender lo local para convertirse en regional, y aún más? Puede que las respuestas sean semejantes ya que se trata de grupos de campesinos y sectores medios que protestan porque se quiere erradicar un cultivo considerado ilícito. En ambos casos la necesidad de restringir el cultivo depende de políticas económicas supranacionales que los afectan directamente.

La preocupación por la historia de la familia y los géneros sólo se ha desarrollado entre los historiadores colombianos en los últimos quince años. Este tema fue inicialmente del interés de los antropólogos, entre quienes hay que resaltar a doña Virginia Gutiérrez de Pineda, quien nos mostró que existía una diferencia en las estructuras familiares de las diversas regiones colombianas.

El análisis de las diversas formas de familia que ha habido en nuestro territorio debe tener en cuenta entre otros factores las pautas de poblamiento, la imagen que sobre la mujer y el hombre han imperado, los procesos económicos que llevaron a la vinculación masiva de las mujeres al trabajo por fuera del ho-

gar. Es un tema complejo cuyo estudio se impone dada la crisis que la institución familiar atraviesa a finales del siglo XX.

Entender las formas que asume la familia colombiana de hoy, conlleva el estudio de las formas en que se han constituido las unidades familiares en el pasado, mirar si se han conformado a través del matrimonio católico o a través de relaciones de hecho como el concubinato y el amancebamiento. Sin embargo, este rastreo no siempre es posible, sobre todo por la restricción que ha existido para la consulta de los archivos eclesiásticos. Aparte de los problemas para llegar a la documentación está la dificultad que implica el manejo de un alto volumen de datos.

Las trabas para acceder a la información de los siglos XIX y XX, que se encuentra casi siempre desorganizada y sin índices, puede explicar que la mitad de las ponencias que se presentan en este simposio sea sobre la época colonial, más específicamente sobre el siglo XVIII. El interés de los gobernantes borbónicos por el control social los llevó a perseguir judicialmente diversas conductas, con el resultado de haber dejado un gran número de expedientes que versan sobre ello y que están siendo aprovechados por estudiosos de varias partes del país. El siglo XVII, momento en el cual se realizó el proceso de mestizaje y se

conformaron muchos de los patrones familiares de los "libres" y "las castas" es el gran ausente en esta preocupación por la época colonial.

El trabajo sobre género se refiere básicamente al género femenino, poco se ha explorado en nuestro medio el mundo de los hombres, que también son un género y un tema de especial interés. Tampoco hay mucho trabajo sobre grupos generacionales distintos de los jóvenes. Ello puede deberse a que la mayoría de los investigadores sean mujeres y algunas muy jóvenes.

A finales del siglo pasado y comienzos de éste se empezó a escribir sobre la historia de algunas profesiones en Colombia. Manuel Uribe Angel escribió sobre la medicina en Antioquia y Pedro María Ibáñez sobre el ejercicio de esa misma profesión en Bogotá. El interés por el estudio de la medicina tuvo continuidad en los trabajos de Soriano Lleras y Emilio Robledo, quienes hablaron de la medicina indígena y de la época colonial. Posteriormente, entre los académicos se desarrollaron trabajos sobre otras profesiones como la ingeniería, el periodismo y la química.

La investigación sobre historia de las ciencias es relativamente nueva y tiene un desarrollo particular después de la celebración en 1983 de los doscientos años de iniciación de la Expedición Botánica. Alrededor de la figura de Mutis como difusor

en nuestro país de las ciencias modernas como la matemática, la botánica y la astronomía se han realizado numerosos estudios, elaborados en su mayor parte bajo los paradigmas de la historiografía francesa sobre historia de las ciencias. También ha llamado la atención la actividad de Mutis como médico y particularmente el hecho de que haya elaborado el primer plan de estudios médicos en el país.

En este Congreso se refleja el particular desarrollo de nuestra historiografía sobre las profesiones y ciencias. De catorce ponencias, nueve se refieren a la medicina. Son analizados planes de estudio, las concepciones sobre salud pública e higiene, el desarrollo de ramas particulares como la psiquiatría y la forma como han sido enfrentadas determinadas enfermedades como la lepra y las venéreas.

Cabría preguntarse a qué se debe el interés por el estudio de la medicina. Una posible explicación es que en nuestro medio esta profesión ha gozado de un gran prestigio, tanto en los medios académicos como entre el público general, y además, un buen número de los investigadores conocidos han sido médicos. Aún hoy un buen porcentaje de los grupos consolidados de investigación son del área de medicina. El desarrollo de la profesión médica y de la ciencia médica parecen estar fuertemente ligados, lo que no ocurre con

otras profesiones como la ingeniería o el derecho de cuyo desarrollo carecemos de los más simples elementos de juicio.

La fundación de ciudades y su desarrollo han llamado la atención de los historiadores desde la época colonial. Los cronistas, de manera particular Fray Pedro de Aguado, se centraron en la constitución de los núcleos de población cuando hicieron su relato de los hechos de la conquista. A lo largo del siglo XX muchos historiadores académicos elaboraron historias sobre la fundación y el origen de nuestros principales núcleos urbanos. Entre ellos están trabajos pioneros como el de Gustavo Arboleda sobre la historia de Cali o el de Otero Muñoz sobre Bogotá y Otero D'Costa sobre Cartagena o el de Luis Latorre Mendoza sobre Medellín.

La historia urbana que se escribe hoy en día difiere de la elaborada por los académicos en que está interesada en abordar el desarrollo moderno de las ciudades, la apertura de vías, la formación de barrios, los medios de transporte, la vida social e intelectual y no se centra de manera exclusiva en el estudio de los orígenes.

De todas las ciudades colombianas la que más interesa hoy en día como objeto de estudio es Bogotá. Ello puede deberse a que enfrenta problemas que parecen insolubles y los historiadores quieren ayudar a entender por

qué se ha llegado a esa situación. Una ciudad que no es sentida como propia por sus habitantes requiere que los investigadores sociales analicen la razón por la cual sus habitantes no tienen identidad.

El grupo que menos ponencias recibió o programó es el constituido por los Simposios de Historia Política, Historia de las Violencias, Historia de la Religión y la Diversidad Religiosa en Colombia y el de Patrimonio, Historia y Cultura. Veamos qué está pasando en cada una de estas líneas.

La historiografía colombiana del siglo XIX y buena parte del siglo XX hizo de la historia político-administrativa su hilo conductor. Lo que interesaba saber era la historia de los partidos y de las personalidades que habían detentado el poder, o de ciertas coyunturas sobre todo en la época de la Independencia y, en ciertos períodos de la etapa republicana. La cultura política, los símbolos utilizados en el ejercicio de poder, las concepciones que se tenían sobre el Estado y su manejo fueron objeto de poca atención.

En el siglo XIX primó una visión partidista en que los personajes eran valorados por el historiador de turno, de acuerdo con sus criterios políticos, sus afinidades y su visión personal. Los historiadores eran más jueces y menos analistas de los procesos y su trabajo debía contribuir a

la elaboración del catálogo de buenos y malos.

En este campo, los historiadores profesionales, que se empezaron a formar después de 1960, dejaron un gran vacío, pues les preocupaba marcar diferencias con la forma en que habían escrito la historia sus predecesores. Sólo en los años 80 de este siglo volvió a trabajarse en esta línea. A pesar de que hay una nueva visión de lo político es posible reconocer que siguen existiendo "historias oficiales" y "de partido", esta vez elaboradas por profesionales de la disciplina.

Dentro de los trabajos presentados en este Congreso llama la atención un grupo de estudios sobre el ejercicio de la política en la Costa Atlántica. Los historiadores "costeños" o "caribeños" como prefieren llamarse, han emprendido el estudio del complejo mundo de la actividad electoral y el ejercicio del poder en la región, proceso estigmatizado en el resto del país por las formas clientelistas con que opera. "Ron y política" es el título de una ponencia y en él se sintetiza la imagen que los otros colombianos tenemos de sus comportamientos políticos.

Referirse a los otros trabajos de este simposio sólo resulta posible en términos de una gran heterogeneidad temática, cronológica y metodológica. Los nuevos estudios parecerían estar en la búsqueda de un mayor desa-

rollo hacia asuntos como la sociabilidad o las mentalidades políticas para llegar a constituir tendencias temáticas y metodológicas.

Un campo que se desprendió de la historia política fue el del estudio de la violencia partidista de los años 40 a 65, proceso que se denominó "La Violencia" con mayúscula para diferenciarla de otros períodos de nuestra historia. En los años 80 proliferaron los estudios que analizaban esta coyuntura en diversas regiones y utilizaban distintas fuentes. Medio en serio y medio en broma se llegó incluso a hablar de una nueva profesión: La "violentología" y de unos nuevos profesionales: los "violentólogos".

Estableciendo una ruptura con los Congresos de Historia precedentes, en éste se convocó a trabajar sobre las violencias, no la violencia, entendiendo que este fenómeno ha sido una constante en nuestra historia, que tiene múltiples orígenes y que involucra diversos actores. El resultado es que sobre el período clásico de la violencia hay tres trabajos, mientras que el interés se desplaza hacia el análisis de procesos como los del narcotráfico y la lucha guerrillera.

Lo más llamativo dentro del simposio es la presencia de un grupo de ponencias que hablan de resolución de conflictos, construcción de paz, lo que indica que el compromiso de los historiadores no se queda en se-

ñalar las razones de nuestros continuos enfrentamientos, sino también en esbozar las salidas, en mostrar los caminos del entendimiento.

En los Congresos de Historia es la primera vez que se abre un simposio sobre la Historia de la Religión y la Religiosidad en Colombia. Una constante en la historiografía colombiana es el que al hablar de religión se ha hecho referencia básicamente a la católica, olvidando que existen otras corrientes religiosas que han tenido presencia en el país. Ha primado, igualmente, la historia institucional de la Iglesia sobre el estudio de las prácticas y la mentalidad religiosa de la población.

En este Congreso se van a presentar tres trabajos referidos a la época colonial y tres sobre el siglo XX, pero el núcleo fundamental está constituido por temáticas referidas al siglo XIX. Las complejas relaciones entre la Iglesia y el Estado en Colombia durante este período, de las cuales ya se hablaba en la obra pionera de Juan Pablo Restrepo, fueron el telón de fondo sobre el cual se conformaron formas de vivir lo religioso, que contribuyeron a formar patrones culturales regionales e identidades políticas.

El debate entre lo tradicional y lo moderno en la Iglesia Católica interesa particularmente a los historiadores del fenómeno. Ante los cambios constituciona-

les que ha sufrido el país, que dan posibilidad a la libre expresión de múltiples formas religiosas, cabe preguntarse si los científicos sociales estamos capacitados para abordar este tema de manera desapasionada y serena. La formación que han recibido la mayoría de ellos les hace cuestionar el papel que la Iglesia, tanto a nivel de la jerarquía como de sus miembros, ha jugado en algunos procesos como el de la conquista, las guerras civiles, el período de la violencia partidista de mediados de siglo. Sin embargo, hay que mirar su accionar con ojos más desprevenidos, ya que en la crisis actual, la Iglesia Católica es una de las pocas instituciones que conserva ante la opinión pública credibilidad y legitimidad y la fe religiosa católica sigue presente en la base de muchos de nuestros procesos históricos.

El simposio Patrimonio, Historia y Cultura recoge trabajos que en otros Congresos se presentaron en los simposios de Etnohistoria e Historia de la Cultura. En él se va a trabajar lo cultural pero no para hacer un análisis de las manifestaciones en cuanto tales sino para referirse a los procesos de recuperación de patrimonios arquitectónico, arqueológico, artístico y oral. Hay ponencias dedicadas a las políticas culturales que han tenido vigencia en el país a lo largo del siglo XX. Así mismo, hay trabajos que se refieren a los estudios de impacto ambien-

ta] que están obligadas a realizar las empresas que desarrollan grandes obras de ingeniería como represas, oleoductos, carreteras.

Es importante que los historiadores evalúen los trabajos que en estos campos se desarrollan, ya que una buena parte de los egresados de ciencias sociales están siendo vinculados para que efectúen estos diagnósticos y el programa de formación de las carreras no los capacita directamente para ello.

Como puede verse los temas que interesan a los historiadores de hoy son muy variados e indudablemente se vinculan a problemáticas que vive el país. Sin hacer un análisis riguroso de ellos es difícil decir si la imagen que construimos de nuestro pasado es optimista o pesimista. Lo que sí puede hacerse son algunas consideraciones de tipo metodológico, preocupaciones que surgen al evaluar en conjunto esta producción:

Con el único propósito de contribuir a las reflexiones de cada simposio y de sugerir algunos temas de discusión quisiera anotar algunos comentarios e interrogantes que me vienen a la mente a partir del panorama enunciado:

1. Son escasas las ponencias elaboradas a partir del uso de fuentes primarias o secundarias tomadas masivamente y recopi-

ladas de manera sistemática. La producción de series que permitan establecer tendencias y ciclos se ha vuelto escasa en nuestra producción historiográfica. También es extraño un balance riguroso de la producción historiográfica publicada con anterioridad.

La pregunta que uno se haría es si ya no interesa saber si una población crece o decrece y las causas que determinan esos cambios. O si no es importante establecer con cifras los momentos de caída de la producción de un producto agrícola con las implicaciones que eso conlleva.

Si bien los estudios del caso pueden ser importantes, porque ilustran y nos proveen de claves para entender determinados fenómenos, no debemos olvidar que hay que relacionarlos con un contexto y unas tendencias que no siempre son perceptibles en el caso particular o en el tiempo corto.

2. Otra ausencia notoria, que enlaza con la preocupación anterior, es la de trabajos de síntesis. Aunque el tamaño de una ponencia no permite abarcar un tema de manera total, vemos que aun en la producción de libros son escasos los estudios que tienen estas pretensiones. Para referirse al problema de la síntesis en la historia quiero citar la definición del historiador francés Henri Berr:

“Una síntesis así es un estudio que se apoya en una bibliografía integral y crítica del tema, y, naturalmente, es en mayor medida una síntesis cuanto más vasto sea el asunto, cuantos más acontecimientos abarque tanto en tiempo como en espacio o en ambos a la vez, cuanto más compleja sea y cuanto más heterogéneos resultan los hechos que contenga”⁽²⁾.

Berr decía que había muchos factores que se oponían a la elaboración de una síntesis: el hecho de que los materiales históricos ofrecen interés por sí mismos y el investigador puede quedar preso en su manipulación. El que se piense que es muy pronto para intentarla, el investigador piensa que necesita más documentos, llenar vacíos.

Ante estos temores no debemos olvidar que toda síntesis es provisional, su importancia radica en que revela las lagunas, indica sobre qué no se tiene mucha certeza. Es necesario que algunos investigadores intenten hacerlas porque es la única manera en que se puede avanzar desde el punto de vista colectivo. Después de algún camino recorrido en las nuevas tendencias metodológicas y en el uso de nuevas fuentes se siente la necesidad de esfuerzos de síntesis

que establezcan mojones, así éstos sean preliminares para que así podamos contar con rumbos menos inciertos en el destino colectivo de la disciplina.

3. Aunque las políticas investigativas en el país hablan recurrentemente de la necesidad de consolidar líneas de investigación como condición para garantizar el desarrollo futuro de las disciplinas y las ciencias, vale la pena pensar sobre las implicaciones de esta política en el campo de las Ciencias Sociales y particularmente en lo relacionado con la Historia.

Por razones que todos conocemos, hasta nuestro tiempo predomina el trabajo de carácter individual en la investigación histórica. Salvo contadas excepciones los llamados “grupos de investigación” no han logrado formarse y, si se forman, su vida es bastante efímera. El trabajo en líneas resulta ser así, la agregación mecánica o sumatoria de esfuerzos y reflexiones individuales que contrastan marcadamente con la consistencia de aquello que tradicionalmente nuestra disciplina conoció como “Escuelas”.

Así las cosas, de la suma de los trabajos individualmente considerados, es imposible obtener una visión de totalidad que, para muchos de nosotros, sigue siendo un objetivo deseable. Hoy, por ejemplo, sabemos más de aspectos puntuales sobre la

2. Henri Berr. *La Síntesis en Historia. Su relación con la Síntesis General*. México. Uteha, p. 5.

historia de Bogotá, de Medellín o del Chocó pero correlativamente estamos perdiendo la posibilidad de "comprender" el desarrollo global y colectivo de esas sociedades, porque cada investigador se ocupa de su pequeña parcela y poco le preocupa la noción de totalidad que debería acompañar sus esfuerzos investigativos.

4. La falta de aplicación de un método comparativo es evidente en la mayor parte de los trabajos que se presentan. No se comparan épocas, regiones, países y ello entraña un gran peligro al elaborar las explicaciones. Los obstáculos que hay para acceder a la bibliografía que se produce en otras partes, son tal vez una razón importante por la cual no se practica la comparación frecuentemente.

Al constatar este rasgo de la historiografía colombiana, el Comité Organizador del Décimo Congreso de Historia de Colombia decidió programar un simposio sobre Historia Comparada de América Latina y el Caribe, con el cual se quiere empezar un debate sobre las ventajas y limitaciones de dicho método.

Las ventajas de dicho método nos animaron a programar el simposio, y fueron enunciadas hace ya más de 65 años por el historiador francés Marc Bloch. Ellas son:

1. Sugerir temas posibles de investigación.

2. Ayudar a interpolar las curvas, a encontrar por analogía los eslabones que faltan en las series evolutivas.

3. Permitir la investigación de las influencias, siempre que se esté atento a rechazar las falsas concordancias, que pueden ser coincidencias fortuitas.

4. Establecer filiaciones y parentescos entre diversos procesos.

5. Precisar las similitudes y diferencias de desarrollo y por tanto contribuir en la búsqueda de las causas. Al considerar un solo sistema social, el historiador corre el riesgo de atribuir un valor exagerado a ciertos hechos que en realidad son de alcance mediocre.

En opinión de Bloch la percepción de la diferencia era el objeto más importante del método porque:

"...a través suyo, medimos la originalidad de los sistemas sociales, y podemos esperar clasificarlos un día, y penetrar hasta la médula de su naturaleza" (3).

Ojalá estas reflexiones produzcan en los participantes de este Congreso la motivación necesaria para que, de su diálogo,

3. Marc Bloch. El Método Comparativo en Historia. En la Historia como Ciencia, San José, Editorial Universitaria Centroamericana. EDUCA, 1975, páginas 157-165.

todos ganemos y resulte fortalecida nuestra disciplina.

Dejando de lado las preocupaciones de tipo metodológico, quiero destacar la importante presencia de trabajos elaborados por jóvenes estudiantes que no han culminado aún sus estudios de pregrado. Desde nuestros primeros Congresos se juz-

gó que esta presencia estudiantil era saludable. Hoy debemos decir que ellos son el futuro de la disciplina y que, por lo mismo, resulta muy positivo que contemos con las ponencias de 18 estudiantes, las cuales nos dan una idea del próximo rumbo en los estudios históricos para Colombia.